PROYECCION 38 (1991) 309-323

autoridad y obediencia cristianas

una aportación desde la psicología (I)

Carlos Domínguez

¡Honor y obediencia a la autoridad,
incluso a la autoridad torcida!
¡Así lo quiere el buen sueño!
NIETZSCHE

Las relaciones de autoridad y obediencia constituyen, sin duda, un capítulo problemático dentro de la teoría y de la praxis de la Iglesia. La difícil tarea de articular la libertad cristiana con el sometimiento a una leyes o normativas determinadas, o la de la fidelidad a la propia conciencia con la disponibilidad exigida por la institución religiosa respecto a sus disposiciones, plantea problemas de no fácil resolución y dan lugar a una fuente permanente de conflictos en la vida de la Iglesia. Los estudios bíblicos, eclesiológicos y dogmáticos han centrado con frecuencia su atención sobre toda una serie de núcleos problemáticos que surgen en el intento de conciliar esos dos polos referentes a una necesaria libertad y obediencia cristianas [1].

[1] Baste recordar K. RHANER, *Toleranz in der Kirche*, Friburg 1977; A. MÜLLER, *El problema de la obediencia en la Iglesia*, Madrid 1970; Ch. DUQUOC, *Obediencia y libertad en la Iglesia*: Concilium 159 (1980) 389-402 o el número titulado *Obedecer y ser libres en la Iglesia* de la revista Sal Terrae 78 (1990) con trabajos de J.I. GONZALEZ FAUS, J.A. ESTRADA, J.M. LABOA y del mismo Ch. DUQUOC.

La psicología, por su parte, ha llevado a cabo investigaciones que, desde diversas orientaciones metodológicas, han intentado poner a la luz las modalidades de dicho tipo de comportamiento humano así como de sus motivaciones y de sus efectos psíquicos. Quizá esos estudios puedan arrojar bastante luz sobre un problema que, con bastante frecuencia, posee prevalentemente unas implicaciones psicológicas aunque, con frecuencia también, los móviles psíquicos se hayan camuflados racionalmente mediante argumentaciones de tipo teológico o espiritual.

Para el creyente post-freudiano, el tema de la obediencia a la autoridad se hace especialmente sospechoso por la posibilidad de encubrir infantilismos profundos y tentaciones camufladas. El psicoanálisis nos ha hecho saber que la negación del propio deseo en favor de las figuras de autoridad, así como la imposición de ese deseo sobre los otros, puede poner en juego toda una serie de reacciones inconscientes vinculadas a temas muy decisivos de nuestro pasado infantil.

Nuestro acercamiento, sin embargo, no será en este tema exclusivamente psicoanalítico. Otras aportaciones de la Psicología Experimental y de la Psicología Social vendrán en nuestra ayuda en el intento de alcanzar una comprensión, lo más acabada posible, de los mecanismos que juegan con frecuencia en las relaciones de obediencia y del ejercicio de la autoridad.

Las necesarias relaciones de obediencia

No existe unanimidad a la hora de definir las relaciones de obediencia. Para algunos, la obediencia tiene lugar cuando un sujeto modifica su comportamiento a fin de someterse a las órdenes de una autoridad legítima[2]. Otros la consideran como una conformidad con las reglas y órdenes[3]. En la obediencia, sin embargo, nos interesa destacar que el propio deseo, a la hora de determinar la conducta, queda en función del deseo de otro al que se le concede una autoridad. El conformismo, con razón, ha sido considerado un pariente próximo de la obediencia en cuanto que también exige una reducción de la iniciativa personal

---

[2] Cfr. J.M. LEVINE - M.A. PAVELCHAK, *Conformidad y obediencia*, en S. MOSCOVICI, *Psicología Social*, vol. 1, Barcelona 1985, 62.

[3] H.B. ENGLISH - A.CH. ENGLISH, *Diccionario de Psicología y psicoanálisis*, Buenos Aires 1977, s.v. Obediencia.

y la aceptación de una dirección que viene de fuera[4]. El deseo del otro se impone también anulando o dejando al margen al propio deseo.

Sobre la necesidad en la vida individual y social de unas relaciones de obediencia no haría falta insistir; por más que ello pueda suponer una cierta herida a nuestro narcisismo infantil, que tantas veces sueña con una libertad omnímoda en las relaciones con los otros. Es evidente que la responsabilidad exige el respeto a las leyes y normas necesarias para el bien común y que determinadas posiciones de corte anarquista esconden la misma tentación de omnipotencia que luego descubriremos en ciertos tipos de personalidades autoritarias.

Desde un punto de vista estrictamente biológico se pone de manifiesto en pájaros, anfibios y mamíferos la necesidad de unas estructuras de dominio que en la especie humana tendrán su análogo en unas estructuras de autoridad[5]. En el entramado social, una organización jerárquica contribuye, sin duda, a una mejor defensa ante los peligros de la vida y proporciona, mediante la delimitación de funciones, una estabilidad y una armonía en las relaciones humanas. Y todos sabemos cómo en determinadas ocasiones, el desafío a la autoridad puede provocar situaciones de violencia peligrosas para la estabilidad de un grupo o colectividad. El comportamiento de obediencia, pues, hay que pensar que ha sido modelado por cuestiones que afectan a la misma supervivencia.

En esta misma línea hay que reseñar también la importancia que el psicoanálisis atribuye a las relaciones de obediencia en la constitución, desarrollo y estabilidad del sujeto humano. La experiencia clínica ha demostrado, en efecto, que la falta de autoridad (el así llamado *laissez faire*) acarrea a menudo trastornos de importancia tales como son la debilidad del Yo, la angustia, la predisposición para la neurosis o, incluso, para la psicosis[6].

---

[4] La naturaleza del conformismo ha sido estudiada particularmente por el psicólogo social S.E. ASCH, en su trabajo *Studies of independence and Conformity*: Psychol. Monogr. 70 (1956) n. 416. Sobre el mismo tema nos informa también ASCH en *Social Psychology*, New Jersey 1952. Milgram realiza unas distinciones entre conformidad y obediencia en las páginas 11–113 de su obra.

[5] Cfr. N. TINBERGEN, *Social Behavior in Animals*, London 1953 y P. MARLER, *Mechanisms of Animal Behavior*, New York 1967.

[6] Cfr. a este respecto las importantes anotaciones que hacen S. LEBOVICI, y M. SOULÉ, en su obra *El conocimiento del niño a través del psicoanálisis* México 1973, particularmente en el capítulo titulado "Las bases de la autoridad" e "Indulgencia y privación", 325–331; cfr. también F. BOURRICAUD, *Esquisse d'une théorie de l'autorité*, París 1961, o la obra en tre volúmenes de la psicoanalista francesa F. DOLTO, *Tener hijos*, especialmente el primer volumen, *¿Niños*

En este mismo sentido resulta, sin duda, sugerente el hecho de que Freud llegara a atribuir el incremento de las neurosis en nuestras sociedades modernas a la pérdida de la autoridad que ha supuesto el debilitamiento de la religión, a pesar del juicio que ya sabemos que ésta le merecía[7]. En un plano diferente merece recordarse también el hecho de que el mismo Freud sitúe en la *obediencia y paciente sumisión a los consejos del médico* gran parte de la eficacia que puede brindar el tratamiento psicoanalítico[8].

La obediencia, pues, necesaria para el desarrollo de la personalidad e imprescindible, muchas veces, como relación que asegura el mantenimiento de la estabilidad social supone, sin embargo, un modo de relación personal bastante complejo en el que se implican motivaciones de carácter muy variado y que pueden dar lugar a resultados muy diversos, destructivos también, tanto en el plano de lo individual como de lo colectivo, como tendremos ocasión de ver a continuación.

La obediencia a examen en el laboratorio de psicología

Dentro del panorama de la Psicología Social encontramos una investigación experimental realizada en la Universidad de Yale sobre las relaciones de obediencia que, muy bien podríamos decir, ha adquirido ya la categoría de clásica. Su descripción forma parte de cualquier manual de Psicología Social que venga a centrar su atención sobre el tema de la obediencia a la autoridad. El autor de dicha investigación, Stanley Milgram, nos da cuenta detallada de ella en su obra *Obediencia a la autoridad: Un punto de vista experimental*[9].

El estudio, que desencadenó toda una polémica y que dio lugar a otras muchas otras investigaciones, tiene el valor de plantearnos, de modo hiriente quizá, los enormes peligros individuales y sociales que pueden derivarse de las relaciones de obediencia a la autoridad. Por ello, este análisis de la obediencia llevado a cabo en el laboratorio constituye, sin duda, un serio aviso muy conveniente a tener en cuenta cuando se inicia una reflexión sobre este tipo de relación humana.

---

agresivos o niños agredidos?, Barcelona 1981-1982.

[7] Cfr. S. FREUD, *El porvenir de la terapia psicoanalítica* (1910), *o.c.* II 1567.

[8] S. FREUD, *Lecciones introductorias al psicoanálisis* (1916-17), *o.c.* II 2125.

[9] Bilbao, 1979.

La investigación de S. Milgram trataba de estudiar los límites de la relación de obediencia en una situación que implicaba infringir dolor a otro ser humano. Para ello fue necesario formar pequeños grupos de tres personas: un maestro, un alumno y un instructor. De ellas, sólo la primera, el maestro, ignoraba realmente cuál eran las condiciones de la experimentación. Esa persona acudía a través de anuncios en la prensa en los que se solicitaba personal para realizar –se decía– un estudio sobre aprendizaje y memoria.

Durante el experimento, el sujeto que desempeñaba el papel de maestro leía al alumno una lista de dobles palabras (v.gr. *caja azul, hermoso día, pato salvaje, etc...)*. En un segundo momento, leía tan sólo una serie de palabras sueltas (*caja, día, pato, etc...*) que el alumno debía asociar con las palabras correspondientes de la primera relación. El error se castigaba con una descarga eléctrica de 15 voltios cada vez, pudiendo aumentar de modo progresivo hasta los 450 voltios. La persona que desempeñaba el papel de alumno, simulaba el dolor correspondiente a lo que hubiera sido la descarga real. Cada vez que el maestro dudaba o manifestaba deseos de parar, el instructor le daba una orden para que prosiguiera. Esas órdenes se formulaban en una gradación de autoritarismo creciente, que iban desde *"por favor, prosiga"* hasta *"no hay más remedio, usted **tiene que** seguir"*[10].

En esa situación, el sujeto se veía sometido a un claro conflicto entre dos exigencias incompatibles: la autoridad del experimentador o las súplicas del aprendiz. El resultado del experimento básico posee algo de escandaloso: de 40 sujetos, 26 llegaron hasta el final, a pesar de los gemidos, gritos, alaridos y quejas agónicas primero y de la supuesta pérdida de conciencia después de la persona que desempeñaba el papel de alumno[11].

El experimento, muy discutido y analizado en Psicología Social, se ha llevado a cabo después con múltiples modificaciones procurando atender con detalles a cada una de las variables intervinientes. Los resultados, con variaciones, siguen poniendo de relieve lo altos que pueden ser los límites para que un sujeto se niegue a obedecer en situaciones parecidas. En otras investigaciones se descubrió, por ejemplo, que algunas enfermeras estaban dispuestas administrar medicamentos virtualmente peligrosos a enfermos de un hospital, cuando recibían órdenes de un médico desconocido. Otros llegaron a obedecer para tocar a una serpiente que creían venenosa o a introducir la mano en un recipiente con un supuesto

---

[10] *Ibíd.*, 25–34.
[11] S. MILGRAM, *l.c.*, 63.

ácido[12]. Todas esas personas antes de verse en la situación experimental, habrían manifestado que bajo ningún concepto se prestarían a tal tipo de comportamiento.

En el análisis teórico que Milgram lleva a cabo sobre el experimento, realiza una distinción entre los estados psicológicos diversos en la persona que obedece: uno cuando se considera en estado de **autonomía** y otro cuando se encuentra en situación de *agente*. En el primer caso se siente responsable de sus actos y utiliza su propia conciencia como guía de comportamiento. En la otra situación, cuando el sujeto se siente como parte de una estructura jerárquica, piensa que los que están *arriba* son los responsable de sus propios actos y utiliza tan sólo las órdenes recibidas como guía de acción correcta. Su propia conciencia queda al margen. En ese caso, la culpa no sobreviene en función de su acción sino en función de su obediencia o desobediencia[13]. Sabido es que esa fue precisamente la dinámica exculpatoria que siguieron los agentes de exterminio en los campos de concentración nazis, en la utilización de la bomba atómica, en la guerra del Vietnam, etc... Pero, sin llegar a esos extremos, es evidente que semejante dinámica de cesión de responsabilidad en la estructura jerárquica acontece también con frecuencia en el seno de nuestras mismas relaciones eclesiales, ocasionando a perversiones muy importantes del sentido de la responsabilidad y de la libertad cristiana sobre las que luego nos ocuparemos. Si la humanidad –concluye Milgram –necesita de la obediencia para sobrevivir, necesita junto a ella *todavía más* de la capacidad para evaluar a la autoridad.

Obediencia y amores primeros

Si pasamos del plano experimental al del análisis psicodinámico de las motivaciones que en diverso grado pueden sustentar a las relaciones personales de obediencia, tendríamos que distinguir dos grandes núcleos enraizados ambos en el mundo afectivo infantil. El primero de ellos guarda una íntima relación con el estado de indefensión primera con la que venimos al mundo.

Esa situación de indefensión, en efecto, nos hará vivir en una subordinación total a las personas que nos atienden y de las que va a depender no sólo nuestra supervivencia sino también nuestra misma confianza básica en la vida, nuestros

---

[12] Cfr. J.M. LEVINE – M.A. PAVELCHAK, *l.c.*, 41–70.
[13] Cfr. S. MILGRAM, *l.c.*, 168–175.

sentimientos profundos de autonomía o nuestra capacidad para la posterior iniciativa personal[14].

Desde esta situación de indigencia, biológicamente predeterminada, la obediencia se constituye en una de las modalidades básicas con la que resolver esa indefensión fundamental. Obedecer llega a ser, durante la infancia, *una cuestión de vida o muerte*. Por otra parte, además, la obediencia, unida a los sentimientos infantiles de omnipotencia, adquiere un carácter de comportamiento mágico con el que el niño cree garantizar su protección. *Si obedecemos nuestra vida estará resuelta*, ese es el esquema latente que parece jugar en estos primeros momentos de nuestra existencia.

Pero además, la obediencia vendrá a constituir también a lo largo de los primeros años de nuestra vida uno de los modos privilegiados para asegurarnos una buena imagen de nosotros mismos. Algo –no lo olvdiemos– casi tan decisivo como la misma supervivencia.

Obedecer, en efecto, nos reasegura como objetos buenos, valiosos, salvados. No obedecer, sin embargo, moviliza sentimientos muy negativos y difíciles de tolerar para el propio Yo, como son los sentimientos de ser malos, dañinos, no valiosos ante nosotros mismos y ante los demás

Todo indicio de amor al niño por parte del adulto tiene el mismo efecto que el suministro de leche para el lactante. El niño, por ello, pierde su propia autoestima cuando cree que ha perdido el amor de los mayores y la logra cuando piensa que ha recuperado ese amor. Es esto –afirma O. Fenichel– lo que hace que los niños sean *obedientes y educables*[15]. Su necesidad de cariño es tan grande que están dispuestos a renunciar a las satisfacciones que sean precisas con tal de obtener como promesa ese cariño o de evitar las amenazas de su retirada.

Nadie queda exento de que esas primeras experiencias de la vida se reactiven en cualquier momento ante determinadas circunstancias de su vida adulta. La nostalgia de unos seres poderosos que nos salvaron a cambio de nuestra actitud obediente perdura de un modo u otro como residuo de nuestro pasado infantil. Las instituciones sociales, por otra parte, parecen intuir profundamente estos

---

[14] Cfr. a este respecto el esquema de desarrollo que nos ofrece E. ERIKSON en su obra ya clásica *Chilhood and Society*, New York 1950, particularmente en el cap. 7 "Eight ages of man". Sus relaciones con el tema de la obediencia las expone J. DOMINIAN, *La autoridad*, Barcelona 1979, 53–63.

[15] Cfr. O. FENICHEL, *Teoría psicoanalítica de las neurosis*, Buenos Aires 1957, 59–63.

anhelos que, como hemos visto, se presentan biológicamente predeterminados. Como los adultos de nuestra infancia también ellas nos prometen la protección a cambio de nuestra docilidad. *Si obedeces serás protegido*, parecen insinuarnos. En ello las autoridades terrenas, tal como más tarde tendremos ocasión de analizar, saben presentarse ante nosotros con la arrogancia de un Dios.

Obedecer dentro de esta dinámica equivale entonces a un intento, a veces desesperado, por vivenciarnos ante nosotros mismos como *niños buenos para mamá*. Porque la mamá, aunque esté muy lejos o ni siquiera ya exista, pervive en nuestro psiquismo como un objeto internalizado que nos acaricia y nos proporciona el experimentarnos como buenos y valiosos o nos amenaza con su retirada de amor; con lo que nuestros sentimientos hacia nosotros mismos vendrán a ser automáticamente de minusvalía o de autodesprecio.

Algunos sujetos parecen marcados estructuralmente por esta dinámica en sus relaciones de obediencia. Para ellos obedecer equivale a obtener la garantía del acertar en las decisiones. La responsabilidad no será nunca suya sino de los de arriba, en quienes depositan toda su confianza. Los jefes y superiores, esto es importante, quedan investidos así de la omnipotencia que en la infancia atribuyeron también a esos seres formidables que le asistieron en su indigencia suprema. Una *fantasía de totalidad* sustenta a estos modos de relación infantil con los de arriba. Como nos dijo Freud a propósito de la religión, se da en estas situaciones una cesión de la omnipotencia infantil, sólo que en lugar de realizarse en favor de los dioses, aquí se lleva a cabo en favor de los jefes y superiores a los que, como a los padres durante la infancia, se les atribuye el todo poder y el todo saber. Tal como afirma Mª Josefa García Callado, que nos ha insistido en este carácter omnipotente que anida en las relaciones infantiles de obediencia, la autoridad se convierte para estas personas en *una especie de surtidor-protector-guía que nutre y orienta el sentido del yo*[16].

Resulta evidente que bajo estas modalidades, la obediencia pierde todo el carácter adaptativo que pudiera poseer para responder exclusivamente a una necesidad puramente subjetiva. No es el contenido concreto de la orden a ejecutar lo que importa al sujeto sino el *deseo* de quien procede la orden, situando muy en segundo lugar el contenido objetivo de ese deseo. El experimento antes citado de Milgram nos pone de manifiesto hasta qué punto esto puede ser así.

---

[16] M.L. GARCIA CALLADO, *Falseamientos de la libertad y la obediencia*: Sal Terrae 78 (1990) 305.

El psicoanálisis nos ha mostrado las vinculaciones profundas que existen entre la autoridad y el amor[17]. Son motivaciones de orden libidinal las que, en efecto, conducen con frecuencia a las posiciones de rendida sumisión a la autoridad y a la docilidad crédula frente a ella. Como delante del hipnotizador, también ante las figuras de autoridad se puede debilitar el juicio y por análogos motivos: por la actuación de unas vinculaciones afectivas que remiten al pasado de dependencia infantil. Ello es lo que le hace concluir a Freud que *la credulidad del amor constituye una fuente importante, si no la primitiva, de la autoridad*[18].

Los primeros amores de nuestra vida, amores predeterminados por la indigencia suma en la que la vida nos sitúa a los humanos en los primeros períodos de la existencia, se constituyen, pues,en un impulso decisivo para adoptar posiciones de sumisión ante esas figuras de autoridad en las que podemos creer encontrar una potencia protectora. *Indefensión-amor-obediencia* se presentan de este modo como una de las claves dinámicas más importantes en determinadas posiciones de sumisión ante la autoridad.

La ambivalencia de la sumisión o la rebeldía

El análisis psicodinámico de las relaciones con la autoridad nos conduce ahora a otro tipo diverso de motivaciones, enraizadas también en los lejanos períodos de la infancia. En ellos, la sumisión o la rebeldía permanentes frente a la autoridad pueden constituir las dos caras de una misma moneda: una aspiración a manejar los hilos de la omnipotencia.

El primitivo sentimiento de radical dependencia infantil respecto a los padres que hemos analizado va dejando lugar a un sentimiento en el que el temor y la rivalidad comienzan a entrar en juego. El niño llegado un determinado momento comienza, en efecto, a temer el poder de los padres que aparecen ante sus ojos como llenos de fuerza y con unas enormes capacidades para persuadir, ordenar, castigar, evaluar o manipular. La figura paterna, de modo particular, se constituye en el contexto de la situación edípica como una figura autoritaria y como un objeto de competición. La ambivalencia afectiva, esa doble corriente simultánea de amor y hostilidad, impregna toda la relación parental.

---

[17] "Los argumentos que no tienen por corolario el hecho de emanar de personas amadas, no ejercen ni han ejercido jamás la menor influencia en la vida de la mayor parte de los humanos", nos dice Freud en las *Lecciones introductorias al psicoanálisis*, *o.c.* II 2400.

[18] S. FREUD, *Tres ensayos para una teoría sexual*, *o.c.* II 1181.

Freud ha insistido en la permanencia de esas relaciones ambivalentes frente a las representaciones parentales y en sus prontos desplazamientos sobre otras figuras de autoridad. El niño, nos dice, pasa de considerar a sus padres como única fuente de fe y autoridad, a dudar de las cualidades únicas e incomparables que les había adjudicado[19]. Pronto comenzará a desplazar el alto ideal que sobre ellos había proyectado a otras figuras y representaciones de autoridad entre los cuales, el maestro vendrá a ser de las primeras y privilegiadas. Pero también sobre esas nuevas representaciones de poder dirigirá sus sentimientos ambivalentes en una mezcla de admiración y respeto, por una parte, y de competencia y hostilidad por otra. Nuestra actitud hacia ellos –nos dice Freud– será de por siempre *sin remedio ambivalente, pues la veneración que por ellos sentimos encubre siempre su componente de hostil rebeldía* [20].

Tanto la rebelión como la propiciación se continúan intrapsíquicamente y los objetos externos pueden ser usados como "testigos" de esas luchas internas. La figura de Dostoyevski, por ejemplo, ilustró a los ojos de Freud ese debate interno entre la sumisión y la rebeldía frente a la figura paterna que, finalmente, abocó en una posicisón de sometimiento total a la autoridad secular y religiosa, *venerando al Zar y al Dios de los cristianos*[21]. La figura de Leonardo de Vinci, al contrario, aparece ante los ojos del mismo Freud como aquel cuya libertad frente a las figuras parentales propició su labor investigadora argumentando sabiamente que *"Aquel que disputa alegando la autoridad, usa más de la memoria que de la inteligencia"*[22].

La diversa articulación, pues, que en cada uno se configure con los polos positivos (amor) y negativos (hostilidad) de la ambivalencia afectiva, condicionará, en mayor o menor medida, la posición de rebeldía o de sumisión frente a las futuras representaciones de la autoridad.

Una *cuestión de totalidad*, sin embargo, estará siempre de por medio cuando la relación con esas figuras de autoridad se vea marcada por unos caracteres apriorísticos de sumisión o de rebeldía constantes, que parecen funcionar al margen de los contenidos que la enmarcan. Cuestión de totalidad que, como sabemos, caracteriza a la estructura edípica irresuelta; pues esa situación edípica tan solo se supera por la renuncia a la omnipotencia del deseo y por la

---

[19] Cfr. S. FREUD, *La novela familiar del neurótico*, *o.c.* II 1361.
[20] S. FREUD, *Premio Goethe*, *o.c.* III 3071.
[21] S. FREUD, *Dostoyevski y el parricidio* (1928), *o.c.* III 3004 y 3011.
[22] S. FREUD, *Un recuerdo infantil de Leonardo de Vinci* (1910), *o.c.* II 1611.

aceptación de una posición limitada, contingente y, podríamos decir, sencillamente humana. Hay que aceptar la falibilidad del padre y hay que dar por perdida para siempre la supuesta omnipotencia y omnisciencia que se le atribuyó con la secreta esperanza de reconquistarla algún día para sí mismo.

En la posición de necesaria rebelión, de negativa a priori para conceder una validez a los planteamientos de quien posee la autoridad parece, en efecto, que se trata ante todo de una *cuestión personal*, de una oposición irreductible entre quien posee el poder y quien no lo posee: el poder oculta esa fantasía de omnipotencia, y, entonces, todo queda planteado en una especie de "*o tú o yo*" irreductible. *"Tú no eres el que sabe y el que puede, ese soy yo"*, parece decir el eterno rebelde. *"No te concedo la omnipotencia que un día pretendió arrebatarme mi padre"*. Hay una imposibilidad para reconocer cualquier tipo de razón a quien posee cualquier estatuto de autoridad[23]. El poder, en estos casos, suele ser a la vez lo más odiado y lo más profundamente amado y deseado.

La rebelión, evidentemente, hay que plantéarsela como la otra cara de la dependencia infantil. El rebelde necesita de la autoridad para existir, de idéntico modo que el sumiso. Ni uno ni otro han logrado la necesaria aunque siempre dolorosa liberación de la autoridad de sus padres[24].

Para el sumiso, la afirmación del propio Yo resulta realmente un peligro. Prefiere, por eso, atribuir la afirmación de su ideal narcisista de omnipotencia sobre las figuras que están "arriba", que, de ese modo, quedan investidas de la totalidad. El jefe, el maestro, el superior, como aquel padre imaginario de la infancia, lo sabe y lo puede todo. Aquí la tentación resulta ser la de poner la omnipotencia a favor propio por medio de la identificación con las figuras, a las que imaginariamente se les atribuye el todo poder y saber. Tanto más si a esas figuras se les considera también como portavoces de la voluntad de Dios. La

---

[23] Uno de los motivos que Freud analiza como fuente de eterna rebeldía frente a la autoridad es el de la reacción al engaño en materia sexual y el de la intimidación religiosa ejercida con frecuencia sobre los niños. Cfr. *La ilustración sexual infantil* (1907), *o.c.* II 1247.

[24] En este sentido Freud afirma que "existe cierta clase de neuróticos cuyo estado se haya evidentemente condicionado por el fracaso ante dicha tarea" (de liberación de la autoridad de sus padres): *La novela familiar del neurótico* (1909), *o.c.* II 1361. Esa liberación de los padres que se lleva a cabo particularmente durante el período de la adolescencia es la que, según Freud, crea la contradicción de la nueva generación con respecto a la antigua tan necesaria para el progreso de la civilización. Cfr. *Tres ensayos para una teoría sexual* (1905), *o.c.* II 1227, y *Lecciones introductorias al psicoanálisis* (1916–17), *o.c.* II 2332–3.

omnipotencia queda así garantizada, proporcionando al propio existir una seguridad de matiz claramente fetichista.

Sin embargo, un análisis más profundo nos hace ver que tampoco para el sumiso queda definitivamente resuelta la ambivalencia afectiva frente a las figuras de autoridad. Tras tanta reverencia, sumisión, responsabilidad y obediencia, la dimensión hostil frente a los padres imaginarios pervive más o menos disimulada o más o menos desplazada en otros comportamientos. L. Beirnaert ha descrito con maravillosa precisión la dinámica inconsciente que suele desarrollarse en este tipo de situación[25].

Frente al polo hostil (activo aunque no reconocido), se desarrollan un conjunto de defensas que pretenden reducir su potencial peligrosidad. La más eficaz de esas defensas consiste en erigir una serie de *formaciones reactivas*; es decir, una serie de comportamientos que se caracterizan por ser justamente los más opuestos a los realmente deseados. De ese modo, la idealización del jefe, del superior, del maestro se va haciendo progresiva, como defensa precisamente de la agresividad oculta que se experimenta contra ellos. Es así como se llega a esa situación, tan afectivizada como poco racional, que denominamos *culto a la personalidad.* Las racionalizaciones de corte religioso, como la historia nos ha podido demostrar, se prestan particularmente bien para justificar esa dinámica progresiva en la sacralización del poder.

Omnipotencia negada al poder pero inconscientemente deseada en la rebeldía por sistema. Omnipotencia también concedida a los poderosos jefes, maestros o superiores en el deseo de tenerla a favor mediante la identificación sumisa con ellos. En ambos casos, la negativa a afrontar la propia responsabilidad con el riesgo permanente de equivocarse en las decisiones, que es, sin embargo, el necesario precio que debemos pagar para acertar en la fidelidad al propio deseo.

Las tentaciones de la obediencia

Sabemos que la mayoría de los seres humanos necesitan imperiosamente tener una autoridad a la cual puedan admirar, bajo la que puedan someterse, por la que puedan ser dominados y, eventualmente, aun maltratados[26]. Esta afirmación de Freud, con todo lo que pueda tener de provocativa, comporta, sin embargo,

---

[25] Cfr. L. BEIRNAERT, *Note sur l'autorité de l'autorité*, en *Aux frontières de l'acte analytique*, París 1987, 112–115.

[26] S. FREUD, *Moisés y la religión monoteísta*, *o.c.* III 3306.

una dosis considerable de verdad. Son múltiples las situaciones humanas que parecen confirmar, en efecto, esa escandalosa situación. La relación de obediencia puede constituir, en efecto, una poderosa tentación para eludir el propio deseo y paliar el peso de nuestra responsabilidad. El psicoanálisis, nos ha desvelado muchos de los hilos que mueven esa extraña necesidad que sienten con frecuencia los seres humanos.

La obediencia se presta, como hemos visto, a unas terribles fascinaciones enlazadas particularmente con nuestro pasado infantil. Quizás por ello, adquirir la capacidad para ser libres frente a las representaciones de autoridad (libres en la aceptación de la autoridad que se considere pertinente y libres para posponer-las convenientemente cuando la fidelidad a la propia conciencia así lo exija), constituye una de las tareas más difíciles, quizás nunca del todo lograda, y, quizás por ello también, más liberadora de cuantas podamos proponernos en nuestra vida. La libertad para vivir más allá de la buena o de la mala mirada que desde arriba puede venir sobre nosotros, sin ser atrapados, por tanto, ni por la complacencia, al ser considerados "buenos sujetos" cuando así seamos juzgados, ni por la amargura enojada de ser proscritos o deportados fuera de las esferas donde se manejan los hilos del poder.

Las tentaciones que brindan las relaciones de obediencia poseen, en efecto, una fuerza que para muchos se convierte sencillamente en irresistible. La diversa estructuración y fortaleza del propio Yo hay que contarla como una de las variables más importantes que entran en juego a la hora de relacionarse con las figuras de la autoridad. Determinados elementos de tipo cognitivos, emocionales, actitudinales, etc., parecen entrar en juego, según nos informan los estudios que han investigado el perfil de la persona conformista[27]. Un Yo empobrecido por

---

[27] Los rasgos más importantes que se señalan en este tipo de personalidad son los siguientes: 1. En sus funciones cognitivas presentan una tendencia a la rigidez y hacia la pobreza de ideas. Suelen ser personas menos inteligentes. 2. En cuanto al funcionamiento motivacional y emotivo los conformistas muestran menos fuerza en el Yo y en su capacidad para resistir el stress. Presentan un mayor grado de ansiedad. 3. En la imagen de sí mismos padecen sentimientos de inferioridad. En general son menos intuitivos y menos realistas a la hora de evaluar la imagen de sí mismos. 4. En sus relaciones interpersonales suelen angustiarse más ante los otros. Son más pasivos, más propensos a la sugestión y, en general, dependen en mayor grado del prójimo, mientras que simultáneamente se sienten más preocupados y reticentes frente a sus semejantes. 5. En el campo de las actitudes y valores, las personas conformistas se inclinan hacia actitudes moralistas y valores de tipo tradicionalistas con una baja tolerancia a la ambigüedad en estos terrenos. La conclusión del estudio que citamos es que la conformidad se relaciona con factores de personalidad duraderos. Cfr. R.S. CRUTCHFIELD, *The measurement of individual conformity to group opinion among offcier personnel*, Berkeley 1954. De este estudio se ofrece un resumen

los esfuerzos continuos en mantener a raya los propios contenidos pulsionales reprimidos será, según Freud, un terreno también abonado para entregarse rendidamente a la autoridad en búsqueda de un apoyo externo[28].

A un nivel más amplio del que hemos analizado hasta ahora, la relectura atenta del texto freudiano *Psicología de las masas y análisis del Yo*, podría aportarnos una luz importante sobre lo que constituyen las relaciones con la autoridad consideradas a un nivel colectivo. La necesidad de ser amados, orientados, aconsejados, dirigidos e incluso amonestados por un jefe, puede ser en cualquier momento activada en el seno de un grupo social, como estratagema para sustituir el Ideal del Yo individual por el de un padre admirado y protector de todos[29]. Con ello Freud nos hace conscientes de las vinculaciones de orden libidinal que se encuentran de modo latente en la relación con las figuras de autoridad. Unas cuestiones de amor están efectivamente por medio.

Los tiempos de crisis parecen, sin duda, incrementar esta necesidad de figuras fuertes a las que rendir culto y admiración. Es la tentación de encontrarse delante de esa imagen que Freud analizó de modo tan perspicaz en el texto titulado *El gran hombre*[30]: la tentación de entregarse a la añoranza del padre omnipotente imaginado durante los años de la infancia.

Desde un ángulo diverso, estudios provenientes del campo de la Psicología Social nos han hecho ver cómo las personas y los grupos tienden a reaccionar favorablemente ante cualquier tipo de caudillaje cuando son personalidades inseguras o cuando las circunstancias de la vida las sitúan en una posición de duda o ambigüedad. Hitler –se ha dicho con razón– fue también una creación de los deseos de la mayoría de sus súbditos. Fue –tal como nos lo ha expresado H. L. Ansbacher en su estudio sobre este tema – *una creación de orden psicosocio-lógico*[31].

---

en D. KRECH, – R.S. CRUTCHFIELD, – E. BALLACHEY, *Psicología social*, Madrid 1972, 533–534.

[28] Cfr. en este sentido el texto ya citado de Freud *El porvenir de la terapia psicoanalítica* (1910), *o.c.* II 1567.

[29] Cfr. S. FREUD, *Psicología de las masas y análisis del Yo* (1921), *o.c.* III 2563–2610, especialmente 2592–2600.

[30] S. FREUD, *El gran hombre*, en *Moisés y la religión monoteísta* (1938), *o.c.* III 3307.

[31] Cfr. H.L. ANSBACHER, *Attitudes of German prisoners of war: a study of the dynamic of national-socialistic followership*: Psychol. Monogr. 62 (1948). Las Escuela de Frankfurt, como sabemos, se ha ocupado también ampliamente de analizar las condiciones psico-sociales del surgimiento nazi. Sobre ello vendremos más adelante.

Las tentaciones del conformismo en las relaciones de obediencia pueden ser tanto más fuertes en cuanto que el comportamiento de oposición a la autoridad en la desobediencia cuenta, al menos, con dos frenos muy importantes. Por una parte, en la desobediencia podemos encontrar un freno de orden interno que puede llegar a ser decisivo: el de los sentimientos de culpa. El estudio de Milgran citado anteriormente resulta ilustrativo a este respecto también. Los sujetos que se negaban a seguir torturando a la otra persona mediante la aplicación de las descargas eléctricas, eran los que se sentían realmente culpables. No los que llegaban hasta el final en su obediencia al instructor. *El precio de la desobediencia* –nos dice Milgram– *es el de un sentimiento que nos roe, de que no hemos sido fieles. Aun cuando uno haya escogido la acción moralmente correcta, permanece el sujeto aturdido ante el quebrantamiento del orden social que ha causado, y no puede alejar de sí plenamente el sentimiento de que ha traicionado una causa a la que había prometido su apoyo. Es él, no el sujeto obediente, quien experimenta la carga de su acción*[32]. En la desobediencia, por otra parte, podemos encontrar también un importante freno externo que puede ir desde una sanción hasta (y, a veces, esto es más decisivo), el rechazo del otro y potencialmente del grupo también.

En la obediencia, sin embargo, más que un freno nos encontramos fácilmente con un potente acelerador: mediante ella podemos tener la seguridad de ser bien vistos y considerados desde arriba, importante gratificación, y, desde ahí, experimentar también la beneplácita mirada de nuestro interno Superyó.

(Continuará)

Carlos Domínguez

---

[32] S. MILGRAM, *l.c.*, 153.